

LA MATERIA, LOS PLANOS Y LOS CONSTRUCTORES

por Francisco-Manuel Nácher

Toda materia está compuesta de moléculas. Y éstas, de átomos. Y toda partícula, de un modo inevitable, posee su propio campo gravitatorio, su propia conciencia, su propia zona de influencia, que es lo que la mantiene como un todo, formando un cuerpo, un algo, distinto de los demás.

Pero, por ello mismo, cuando dos o más cuerpos - electrones, átomos, moléculas, hombres, planetas o galaxias - están cerca, sus campos gravitatorios, sus zonas de influencia, siguen ejerciendo su particular atracción. Pero hay, debe haber, necesariamente, una zona entre ellos en donde esa atracción, esa influencia ha de estar equilibrada, un punto en el que, por eso mismo, no hay atracción.

Pues, en esa zona se sitúan las partículas de la materia que sigue, en densidad decreciente, a la de los dos cuerpos en cuestión. Vive en esa zona intermedia.

El líquido que compenetra al sólido - o el gas que compenetra al líquido - no está en contacto con las moléculas de aquél. Las moléculas no se tocan. Siguen teniendo, cada una, su campo gravitatorio, su zona exclusiva de influencia. Y sigue necesariamente habiendo entre ellas una zona neutra, sin atracción, en la que el magnetismo de las dos partículas está equilibrado. Y en esa zona, precisamente, es donde se sitúan las moléculas del líquido (o del gas, respectivamente).

Del mismo modo, los astronautas, para alcanzar la ingravidez, han de situarse en una zona intermedia entre dos cuerpos celestes, en que la gravitación de ambos esté equilibrada.

Por esa zona intercorpúscular, pues, por ese terreno de nadie es por donde se puede viajar a velocidades inimaginables, sin ninguna interferencia ni impedimento. Y en esa zona de cada plano es donde existe la materia del siguiente de menor densidad.

Así se puede concebir un mundo más denso que el nuestro, que Max Heindel - y con él muchos ocultistas - asegura que existe y al que nuestro mundo físico compenetra.

Porque el error inicial está en el uso o en la interpretación de la palabra "compenetración". En la realidad, no se trata de "compenetrar" sino de "interpenetrar".

Esta idea aclara muchas cosas como, por ejemplo, el paso del cuerpo de deseos a través de las paredes, la velocidad de desplazamiento en los mundos del deseo y mental, la ausencia de gravedad en los mismos, etc.

Lo que el líquido "moja" del sólido no son sus moléculas, sino sus espacios intermoleculares.

Y las combinaciones químicas se deben a la invasión por las moléculas de un cuerpo, de las zonas libres de magnetismo y, por tanto, su puesta en contacto con las moléculas del otro, con la consiguiente colisión y efectos (como los humanos cuando nos hacinamos en el metro y, sin saberlo ni pretenderlo, nos influenciamos inevitablemente), regulados por las leyes naturales que, a su nivel - y al nuestro - podrían llamarse kármicos.

Max Heindel nos dice que los átomos no están en contacto unos con otros, ni siquiera en los cuerpos más densos. Están - dice - rodeados de éter, bañados en éter. Y, utilizando la ley de analogía - llave de todos los misterios - del mismo modo, las moléculas etéricas están rodeadas de materia de deseos. Y las de deseos, sumergidas en materia mental. Llegándose, al final, a la sustancia raíz cósmica, que lo compenetra todo, pero también de la que todo está compuesto y, por tanto, procede.

Los seres creadores, pues, lo que hacen es aglutinar, concretizar, "sustanciar" las moléculas de cualquier mundo hasta convertirlas en moléculas del siguiente más denso. Aunque ésa, concretamente, es la labor de los llamados elementales constructores de los distintos planos, miríadas de pequeñas vidas, jerárquicamente organizadas y comandadas por seres superiores (ángeles en el plano etérico, arcángeles en el de deseos, Señores de la Mente en el mental, etc.). Los creadores, en realidad, crean un arquetipo y lo impulsan con su voluntad y su intención. Y eso es el reclamo, la orden suficiente para que los elementales constructores se realicen - es su vida - materializándolo mediante la transformación o "sustanciación" de la materia menos densa

en más densa, logrando así la manifestación de aquel arquetipo en el mundo inmediatamente inferior. El proceso, si éste es el deseo del creador, seguirá, siendo realizado, con esa nueva sustancia, por los elementales constructores del nuevo plano, que actuarán de mismo modo, hasta concretizar la materia de su mundo en la del siguiente más denso.

No olvidemos que la sustancia raíz cósmica, el espacio, al ser compenetrada por el Tercer Aspecto de la Trinidad Cósmica, quedó vivificada, es decir, cada átomo fue, se convirtió, se constituyó en vehículo de la vida divina, con polaridad opuesta a la de la polaridad espíritu, representada por el Ser Supremo y sus criaturas en todos los planos. Y esas vidas, esas partículas, esos átomos ultrísimos, tenían y tienen su propio ámbito vital, su propio magnetismo, su propia zona de influencia, y tendían y tienden a aglutinarse (a ser aglutinados por los elementales constructores) para formar compuestos mayores, lo cual explica la formación de los sucesivos planos, cada vez de materia más densa, es decir, de átomos mayores, formados por más átomos ultrísimos.

Se comprueba, pues, que no existe ningún espacio sin una vida que lo ocupe o que lo constituya. Y que el espacio es, en su conjunto, una vida, un ser vivo en el que todos vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, no sólo como materia, sino como espíritus.

* * *